

TORRE, FRANCISCO DE LA (¿1534 – 1594?)

ODAS

INDICE:

ODA 1

Mira, Filis, furiosa

ODA 2

Amintas, nunca del airado Iúpiter

ODA 3

Rompe del seno del dorado Atlante

ODA 4

¿Viste, Filis, herida...

ODA 5

Alexis, ¿qué contraria...

ODA 6

Daphnis, estas passiones

ODA 7

Sale de la sagrada

ODA 8

Amintas, ni del graue mal que passas

ODA 9

¡O, tres y quatro vezes venturosa,

ODA 10

¡Tirsis!, ¡ah, Tirsis! Buelue y endereza

ODA 11

Claros lumbres del cielo y ojos claros

ODA 1

Mira, Filis, furiosa
onda, que sigue y huye la ribera
y torna presurosa,
echando al punto fuera
del agua el peso de la nao ligera.
Aquellas despojadas
plantas, que son estériles abrojos,
solían adornadas
de cárdenos y rojos
ramos, luzir ante tus bellos ojos.
Vino del Austro frío
inuierno yerto y abrasó la hermosa
gloria del valle vmbrió
y derriuó la hojosa
corona de los árboles vmbrosa.
Agora que el Oriente
de tu belleza reuerbera, agora
que el rayo transparente
de la rosada Aurora
abre tus ojos y tu frente dora,
antes que la dorada
cumbre de reluzientes llamas de oro
húmida y argentada
quede, inútil tesoro
consagrado al errante y fixo coro,
goza, Filis, del aura
que la concha de Venus hierre; dado
que apenas se restaura
el contento passado,
como el día de ayer y el no gozado.
Vendrá la temerosa
noche de nieblas y de vientos llena,
marchitará la rosa
purpúrea y la açuzena
neuada mustia tornará de amena.

ODA 2

Amintas, nunca del airado Iúpiter

la armada mano descompone vmbrosa
selua de plantas, sin mostrar humana
su presencia diuina.

Brama Neptuno, y, usurpando el Reyno
de aquellos abrasados guerreadores,
a las entrañas de su madre bueltos,
estiende su potencia.

Alza su venerable cara, llena
de verdes ouas y de plantas verdes,
y, entre los animosos vientos puesto,
leuanta su Tridente.

Eolo, con sus vientos temeroso,
ayrada Tethis, Doris fiera huyendo,
sus mal regidos súbditos encierra
en el Cáucaso monte.

Fiero Bóreas con rayos, aguas, nieblas,
contrarios elementos inflamando,
arrebata los cielos de los ojos
del caminante triste.

Passa la tempestad y la diuina
mensagera de Iuno, dilatando
sus dos coruas y luzidas riberas,
verdes y coloradas,
el raso cielo a trechos descubriendo,
de nubes claro Sol desocupando,
pone paz entre Iúpiter y el mundo,
y su camino sigue.

Las passiones del ánima solícita
no apremian los sentidos miserables,
como de la manera que lastiman
en la primera fuerça.

Eleuóte fortuna variable,
hízose conocer con su mudança;
lastimaráte para darte auiso
con que la temas y ames.

ODA 3

Rompe del seno del dorado Atlante
la vestidura negra
de la noche la Aurora rutilante,
que el cielo y mundo alegre,
y atrauessando la región Sabea
de aquel dorado Toro,
de néctar y de ambrosía le rodea

los bellos cuernos de oro.
De las piadosas lágrimas que vierte
por la memoria triste
de vn descuidado amante y de vna muerte,
el verde prado viste.
A las plantas y flores, del rozío
de la noche inclinadas,
restituye su fuerça, y al sombrío
vosque sus alboradas.
Házense conocer las auecillas
el campo ensordeciendo,
festejan tu venida, marauillas
con la garganta haciendo.
Las casi ya marchitas bellas flores,
del plateado yelo,
heridas de tus viuos resplandores,
miran derecho al cielo.
La cárdena violeta reclinada
la corona de hojas
levanta la cabeça violada
con las blancas y rojas.
El pobre ganadero, que velando
te estuuo al raso cielo,
las estrellas y cielos contemplando,
dize humillado al suelo:
Salue, divina y sacrosanta Aurora,
gloria del ser humano,
de la color del día, a quien adora
el coro soberano,
salue, la mensagera del vermejo
pastor bello de Anfriso,
embuelta y adornada del pellejo
roxo de Helles y Friso.
Tres y más vezes salue, la rosada
madre de Menon fuerte.
Salue, la soberana, y transformada,
Menonia, por la muerte.
Leuántese el pastor y de la estraña
copia de flor preciosa
corona y enguinalda la cabaña
de su pastora hermosa.
Y mientras lo permites, Sol dorado,
regala la ribera
con la zampona dulce y, emboscado,
huye tu furia fiera.
Allí mira vna planta, allí vna bella

fuelle ligera salta.
Apolo mira su belleza en ella,
de oro su plata esmalta.
Y de cuidados enojosos libre,
no sólo no apetece
quanto riega Pactolo y vaña Tibre,
mas antes lo aborrece.

ODA 4

¿Viste, Filis, herida
cierua de la saeta, que temiendo
nueuo daño, la vida
chara pierde, vertiendo
la roja sangre que dilata huyendo?
¿Viste resplandeciente
cielo, del cuerpo de las nubes suelto,
turbarse, y el ardiente
soplo de Bóreas buelto
dexar el mundo en sombra y agua embuelto?
¿Viste de la empinada
cumbre sacar a Febo la cabeça
roja, y acelerada
noche, con gran tristeza,
salir escureciendo su belleza?
¿Viste volando hermosa
garça señorearse deste cielo,
y salir de la odiosa
mano, torciendo el buelo,
Sacre, que la derriba por el suelo?
¿Luzidas flores viste,
a quien, o Aurora, fuiste su Luzina
y viene el Euro triste,
y a la tierra reclina
la corona de hojas mortezina?
Assí fué mi ventura,
y assí, Filis, podría ser tu suerte:
no viuas tan segura
del mal, que hasta la muerte
no ay estado tan firme que sea fuerte.
Quando Iúpiter tira
a las alturas de la humilde tierra,
jamás alcança su ira
al valle: que en la sierra
yaze penando quien le armó la guerra.

El ayre se embrauece
y, entre los verdes árboles bramando,
cobra fuerças y crece,
sopla y está siluando,
y en el suelo las flores regalando.

ODA 5

Alexis, ¿qué contraria
influencia del cielo
persigue nuestros ánimos
con las cosas del mundo?
Ninguno con la suerte
que le priuino el hado,
dichosa o miserable,
alegremente viue.
El nauegante, quando
turbado cielo ruega
con lágrimas y votos,
su ventura maldize.
El labrador, cansado
de abrir la tierra, huyendo
fiero león del cielo,
maldize su ventura.
La más dichosa suerte,
si es propia, desagrada;
y si tras ella vamos,
no ay cosa más diuina.
A mí, que el campo habito,
me tienes por dichoso:
oy para mí no ay cosa
en los hados más triste.
Tú, que la ciudad honras,
eres el inuidiado;
a ti te agrada el mío,
y a mí tu dulce estado.
Y la dichosa suerte
a los dos agradable,
a ti por el contrario
y a mí es aborrecible.
No son la causa desto
lugares ni ocasiones;
nuestro ánimo es la causa
que se estraña del mundo,
y no bien satisfecho

del mal seguro gozo
desta mudable vida,
al que es eterno aspira.

ODA 6

Daphnis, estas passiones
de mi doliente espíritu,
si no sufren consejo,
¿cómo quieres regillas?
Con este amor solícito
vinieron juntamente
asegurados males
y sospechosos bienes.
Si la razón preguntas
destas contrariedades,
sólo alcanço que muero
de no entendidos daños.
Amor en su saeta
puso yerua dañosa,
tiróla por los ojos,
dexó en el alma el yerro.
Fué la yerua prendiendo
por las entrañas propias
y echando allí rayzes
hízose planta grande.
Tal anda como aquella
cierua desamparada,
a quien montero duro
clauó de parte a parte.
Ella salta ligera,
huyendo el valle donde
le vino el mal, y lleva
en el costado el dardo.
Este callado fuego,
que va cundiendo el alma,
ha cobrado las fuerças
que le han dado los ojos.
Y ellos, cobrando espíritu
de la ocasión del daño,
alimentan la llama
por donde menos temen.
Y esquiando su lumbre
de la del cielo mismo,
descaydos y flacos,

su perdición procuran.
¡Ay de los sin ventura,
fácilmente entregados
al enemigo duro
con doble y falso trato!
Las lágrimas ardientes
y el mal contento espíritu
inquietan los sentidos
suspensos y admirados.
No saben lo que quieren,
ni quieren lo que entienden,
que como en sí no viuen,
con confusión desean.
Y si con llanto eterno
pudiesse mitigarse
tormento tan terrible,
siempre se lloraría.
Pero ninguna cosa
mitiga su accidente,
o llore de contino
o nunca el alma llore.

ODA 1

Sale de la sagrada
Cipro la soberana ninfa Flora,
vestida y adornada
del color de la Aurora,
con que pinta la tierra, el cielo dora.

De la neuada y llana
frente del leuantado monte arroja
la cauellera cana
del viejo inuierno, y moja
el nueuo fruto en esperança y hoja.

Deslízase corriendo
por los hermosos mármoles de Paro,

las alturas huyendo,
vn arroyuelo claro,
de la cuesta beldad, del valle amparo.

Corre bramando y salta
y, codiciosamente procurando
adelantarse, esmalta
de plata el cristal blando,
con la espuma que quaxa golpeando.

Viste y ensoberueze
con diferentes hojas la corona
de plantas y floreze
las que apenas perdona
furioso rayo de la ardiente Zona.

El regalado aliento
del bullicioso Zéfiro, encerrado
en las hojas, el viento
enriqueze, y el prado
éste de flor y aquél de olor sagrado.

Y reduzido, quanto
baña el mar, tiene el suelo, el cielo cría,
a más bien, con el llanto,
que al assomar del día,
viene haziendo la Aurora húmida y fría.

Todo brota y estiende
ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
la vid enlaza y prende
el olmo y la hermosa
yedra sube tras ella presurosa.

Yo, triste, el cielo quiere
que yerto inuierno ocupe el alma mía
y que si rayo viere
de aquella luz del día,
furioso sea, y no como solía.

Renueua, Filis, esta
esperança marchita, que la elada
Aura de tu respuesta
tiene desalentada.
Ven, Primavera, ven, mi flor amada.

Ven, Filis, y del grato
invidiado contento del aldea
goza, que el pecho ingrato,
que tu beldad afea,
aquí tendrá el descanso que desea.

ODA 2

Amintas, ni del graue mal que passas
dexes vencerte, ni, boluiendo el rostro
a tu fortuna, te acobardes tanto
que sienta tu flaqueza.

Esta cruel y variable diosa,
en sola su mudança perdurable,
ha de mudar tu estado riguroso
por hazer nouedades.

Antigua y empinada roca, donde
quiebra la mar su ímpeto, refrena
la soberuia marina, leuando
su sacudida frente.

Alta y envejecida planta, quando
se encastillan en Pindo y Apenino
Bóreas y Noto, con sus hojas solas
resiste su potencia.

Si los dolientes y piadosos ojos
que han llorado tu mal, eternamente
a las hazañas del amor boluiesses,
tu mal aliuiarías.

Que la cansada y aflixida vida,
de lágrimas y penas sustentada,
que en vez de eterna muerte te da el cielo,
peor es que la muerte.

Tiene en la miseria de tu estado
duro cielo, temiendo y esperando;
dilatado contento de fortuna
nunca viene seguro.

¿Quántas vezes te dió seguro el cielo?
¿Quántas se te ha reído la fortuna
y a la necesidad del punto crudo
te boluieron la cara?

De tan prouados enemigos tuyos
ni esperes bien, ni temas lo contrario;
que aquesta fortaleza de tu pecho
ha de amansar tu daño.

En el arena siembra, y el preciso
reboluer de los hados lamentando,
quiere torcer quien pone su esperança
en la fortuna suya.

ODA 3

¡O, tres y quatro vezes venturosa,
aquella edad dorada,
que de sencilla, pura y no inuidiosa,
vino a ser inuidiada!

Sobre la bien nacida yerua daua
aliuio a sus cuydados
Tirsis, en tanto que la tierra esclaua
vió abiertos sus dos lados.

Y con Amintas y con Bato hablando,
a la sombra tendidos,
no de trabajos largos descansando,
cansauan sus sentidos.

Ya por el monte solitario dauan
al cieruo enamorado
muerte, y con sus despojos adornauan
mirto y pino sagrado.

Ya la ribera del sagrado Anfriso
con su canto alagando,
refrenauan el ímpetu que quiso
Febo amansar llorando.

Y por la tierra que le ciñe amena

de obas, sauzes y cañas,
desamparauan su caberna, llena
de juncos y espadañas.

Y sus mortales ojos y su humana
mortal presencia, digna
hazía de la vista soberana
de su cara diuina.

La madre vniuersal de lo criado
no era madrastra dura,
como después que Enzélado abrasado
cayó en la gruta oscura.

Este deseo de vengança hizo
descubrir a la tierra
el seno de metal, que satisfizo
a la enconada guerra.

El pino enuejecido en la montaña,
la haya honor del soto,
nunca nacieron a turbar la saña
del alterado Noto.

Salve, sagrada edad, salve dichoso
tiempo, no conocido
deste nuestro, alabado por glorioso,
pero no apetecido.

Si la beldad idolatrada que amo
como yo conocieras,
la Arabia sacra en flor, en humo, en ramo,
ardiendo le ofrecieras.

Salve, sacra beldad, cuya diuina
deydad haze dichosa
nuestra infamada edad, en quien destina
cielo luz tan hermosa.

ODA 4

¡Tirsis!, ¡ah, Tirsis! Buelue y endereza
tu naucilla contrastada y frágil

a la seguridad del puerto; mira
que se te cierra el cielo.

El frío Bóreas y el ardiente Noto
apoderados de la mar insana
anegaron agora en este piélago
vna dichosa naue.

Clamó la gente mísera y el cielo
escondió los clamores y gemidos
entre los rayos y espantosos truenos
de su turbada cara.

¡Ay, que me dize tu animoso pecho
que tus atreuimientos mal regidos
te ordenan algún caso desastrado
al romper de tu Oriente!

¿No ves, cuytado, que el inchado Noto
tray en sus remolinos poluorosos
las imitadas mal seguras alas
de vn atreuido moço?

¿No ves que la tormenta rigurosa
viene del abrasado monte, donde
yaze muriendo viuo el temerario
Enzélado y Tipheo?

Conoce, desdichado, tu fortuna
y preuén a tu mal, que la desdicha
preuenida con tiempo no penetra
tanto como la súbita.

¡Ay, que te pierdes! Buelue, Tirsis, buelue,
tierra, tierra, que brama tu nauío,
hecho prisión y cueua sonora
de los inchados vientos.

Allá se auenga el mar, allá se auengan
los mal regidos súbditos del fiero
Eolo con soberuios nauegantes,
que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
dende la playa, que el airado cielo
menos se encrueleze de contino

con quien se anima menos.

ODA 5

Claros lumbres del cielo y ojos claros
del espantoso rostro de la noche,
corona clara y clara Casiopea,
Andrómeda y Perseo,
vos, con quien la diuina Virgen hija
del Rector del Olimpo inmenso passa
los espaciosos ratos de la vela
nocturna que le cabe,
escuchad vos mis quejas, que mi llanto
no es indicio de no rabiosa pena;
no vayan tan perdidas como siempre
tan bien lloradas lágrimas.

¡Quántas vezes me vistes y me vido
llorando Cintia, en mi cuydado el tibio
zelo con que adoraua su belleza
vn su pastor dormido!

¡Quántas vezes me halló la clara Aurora
espíritu doliente, que anda errando
por solitarios y desiertos valles,
llorando mi ventura!

¡Quántas vezes mirándome tan triste
la piedad de mi dolor la hizo
verter amargas y piadosas lágrimas,
con que adornó los flores!

Vos, estrellas, también me vistes solo,
fiel compañero del silencio vuestro,
andar por la callada noche lleno
de sospechosos males.

Vi la Circe cruel que me persigue,
de las hojas y flor de mi esperança,
antes de tiempo y sin razón cortadas,
hazer encantos duros.

Cruda visión, donde la gloria, vn tiempo

adorada por firme, cayó, y donde
peligró la esperanza de vna vida
de fortuna inuidiada.

¡Ay, déxenme los cielos, que la gloria,
que por fortuna y por su mano viene,
no será deseada eternamente
de mi aflixido espíritu!